

ALFAGUARA



Benjamín Prado

Ajuste de cuentas

Ser como William Blake
que golpeó los muros
hasta que la verdad atendió a su llamada.

W. B. YEATS

Capítulo 1

Caminaba sin mirar los escaparates, con la urgencia insustancial de quien necesita moverse pero no sabe dónde ir y tan abatido que podría haberme desatado los zapatos tirando de sus cordones con los dientes. Acababan de despedirme, el mundo empezaba a moverse bajo mis pies igual que el suelo de un barco y yo estaba seguro de dos cosas: iba a necesitar ayuda y no sería fácil lograrla, porque en esta vida no hay mejor manera de quedarse solo que pedir auxilio: las tres infecciones que más parece temer el ser humano son la malaria, el cólera y los problemas ajenos. Quienes hayan pasado alguna vez por ese infierno saben perfectamente de qué hablo; los demás, no pueden ni imaginarse a cuántas personas vi cambiar de tono, ponerse en guardia y retroceder de la posición de amigos a la de simples colegas desde que diez días antes me habían llamado de la radio en la que hablaba cada lunes por la noche y del periódico en el que llevaba quince años publicando un artículo semanal, para comunicarme que la crisis les obligaba a suprimir ese tipo de colaboraciones y, en resumen, para dejarme en la calle con un repertorio de palabras aromáticas y un poco insultantes que daban la impresión de haber sido extraídas de un manual titulado *Cómo empujar a alguien a un abismo mientras lo abrazas*, o algo así: «No te preocupes, te volveremos a llamar en cuanto la situación mejore»; «sigues siendo muy importante para nosotros» o, sin duda la peor frase de todas, una de esas que te dan ganas de saltar sobre quien te la dice y graparle la lengua al tablero de la mesa: «Que ya no tengas aquí tu espacio no significa que ésta no siga siendo tu casa». Por supuesto que a partir de ese instante lo único que encontré,

dentro y fuera del diario y de la emisora, fue a gente que me gritaba promesas mientras huía, porque la naturaleza humana es así, quien pide socorro se vuelve molesto, la compasión siempre es más débil que el egoísmo y la solidaridad es una virtud tan escasa que en el noventa por ciento de los casos lo último que ve el que se ahoga, antes de hundirse, es a alguien que se aleja del agua escondiendo un salvavidas bajo el abrigo. Casi todos somos así, excepto los que son aún peores.

Para mí, la situación era dos veces mala, porque además de no tener trabajo no tenía ideas; era un escritor en el dique seco, con la mano en blanco y la mente a oscuras, que llevaba unos años viviendo de las rentas, gracias a la buena reputación que me habían dado un par de novelas, mitad históricas y mitad de misterio, que le gustaron a casi todo el mundo más que a mí y con las que me había metido en un espejismo hecho de conferencias, viajes, entrevistas y congresos a los que asistía como quien va a ponerse flores a su propia tumba y con los que trataba de hacerme creer que era un novelista en activo cuando, en realidad, sólo era alguien que no paraba de hablar porque no tenía nada nuevo que decir. Los cinco últimos minutos de todas mis ruedas de prensa o intervenciones públicas se volvían incómodos cuando los temas abstractos, el papel de la literatura en la sociedad, la tarea de los intelectuales y todo eso, se convertían en preguntas concretas: «¿Y en qué está trabajando ahora? ¿Para cuándo su próxima novela?». Naturalmente, en lugar de decir la verdad me hacía el enigmático y daba la impresión de ser un hombre con una gran historia que ocultar. «Van a tener que perdonarme, pero nunca hablo de los proyectos que me traigo entre manos», decía, «en parte por superstición y en parte por cautela», dando a entender que cualquier indicio, desliz o filtración podría hacer caer sobre mí a los ladrones de argumentos, los internautas, la prensa amarilla y otra serie de metomentodos al lado de los cuales las siete plagas de Egipto parecerían una mosca en la sopa. No sé cuánto tiempo podría

haber continuado con esa simulación, pero sí hasta qué punto me arrepentí aquella mañana, mientras deambulaba por la ciudad con el orgullo en ruinas y sin saber a qué puerta llamar, de no haber hecho las cosas de otra manera: «Ahora tendrías un manuscrito que llevarle a tu agente y seguro que la editorial te hubiera ofrecido un buen adelanto; o incluso te podrías presentar a un premio y ganar dinero suficiente como para vivir de él tres o cuatro años», le decía a mí mismo, que en esos momentos no era alguien que me cayera muy bien. La mayoría de las personas somos así, tan atormentadas e inseguras que a menudo nos culpamos de lo que nos hacen los demás: si nos roban, nos recriminamos no haber puesto rejas en las ventanas; si nos son infieles, nos tortura haber sido incapaces de evitar que nuestra pareja necesitara a otro; y si perdemos nuestro trabajo, nos echamos en cara no haber sabido hacernos insustituibles o, como mínimo, no haber logrado saltar del barco antes de que se hundiese. No tenemos remedio.

Llegué a casa lleno de angustia y me puse a hacer cálculos, que no fueron muy tranquilizadores: si las cosas no mejoraban, con lo que tenía en el banco me daba para pagar seis meses la hipoteca, y nada más que eso. Y lo que podía ahorrar tampoco era mucho, aunque esa misma tarde puse en marcha mi economía de guerra y cancelé mi seguro médico, di de baja mi línea adsl, mi teléfono fijo y mis canales de televisión de pago y telefoneé a mi asistenta para decirle que no volviese hasta nueva orden y a mi asesor fiscal para explicarle que también me veía obligado a prescindir de él. A partir de entonces, cuando estuviese enfermo iría a la Seguridad Social; consultaría mi correo electrónico aprovechando las redes wi-fi públicas y yo mismo haría la limpieza y me ocuparía de mis impuestos. No estaba tan mal: quinientos euros menos son muchos para quien no los tiene.

Después de eso, intenté sugestionarme diciéndome que en el fondo aquel infortunio era un golpe de suerte, porque el tiempo que me iba a sobrar y el dinero que iba

a faltarme me obligarían a escribir. Así que me preparé un café negro, encendí el ordenador y esperé a que se me ocurriese algo, lo que fuera; pero no sucedió nada. Absolutamente nada. Revisé los apuntes que había ido tomando, aquí y allá, en cuadernos, tarjetas, sobres y hojas sueltas de todo tipo, a lo largo de aquellos años, normalmente en aviones, hoteles o salas de espera, pero tampoco iban a servirme de mucho porque, en realidad, no eran más que una trampa que me había hecho a mí mismo para fingir que estaba preparando otra novela. Puse música, encendí una vela, abrí un libro de los muchos que tenía por todas partes esperando su turno, y empecé a leer; pero su autor era tan brillante y tan eficaz que en lugar de inspirarme, me deprimía. Cerré los ojos para pensar más rápido y me dormí: soñé que estaba en una ciudad en la que los habitantes se deshacían, por algún motivo, del maestro de la escuela y después, poco a poco, iban olvidando palabras, en primer lugar *estudio* y *disciplina*; luego *educación*, *nosotros*, *disculpa*, *horizonte*, *verdad*, *alegría*, *favor*, *gracias*, y así sucesivamente hasta quedar en el más absoluto silencio. La gente se volvía huraña, desconfiada, y todo se fue quedando poco a poco vacío, los talleres, las escuelas, las fábricas, los comercios, las universidades, las tiendas... Los edificios estaban sin luz, sin calefacción y sin gas, y las oficinas tenían los cristales rotos. La única palabra que recordaban los seres humanos era el adverbio *no*. Qué coincidencia, justo lo mismo que me decían a mí, de una manera u otra, en todos los lugares a los que llamaba en busca de ayuda.

Al despertar, hice otro par de llamadas, pero lo único que encontré al otro lado de la línea fue pesimismo, ansiedad y visiones apocalípticas del futuro: «Lo peor aún está por venir». «Se avecina una auténtica hecatombe.» «No podemos embarcarnos en ningún proyecto nuevo, sólo reducir gastos y esperar a que pase el temporal.» Por el sonido mecánico de las palabras y el tono ligeramente declamatorio, se notaba que esa historia ya la habían repetido muchas veces,

y me imaginé a otras personas en mi lugar, tan parecidas a mí como si fuésemos actores distintos representando la misma obra en teatros diferentes, paradas en el centro de una habitación idéntica a la mía, con un teléfono en la mano y tratando de no dejarse vencer por el aturdimiento, la humillación y la impotencia. En medio de una de esas conversaciones, decidí que quitaría la mitad de las bombillas de cada lámpara, para gastar menos electricidad. El recibo de la luz bajaría y las tinieblas son buenas para esconder el miedo.

Escribí un último artículo para el periódico, tal y como había pactado con el director, en el que me despedía de mis lectores y les daba las gracias; y como es fácil ponerse trágico mientras uno se despeña, lo hice igual que si me fumara un cigarrillo ante el pelotón de fusilamiento. Nada más enviarlo, me fui a la cama, pero volví al salón antes de que amaneciese, porque me resultaba imposible descansar mientras las preocupaciones daban vueltas dentro de mi cabeza como la luz de una ambulancia en un callejón sin salida. Me preparé otro café negro y mandé un par de mensajes al editor de una revista y a la directora de un programa de televisión donde me habían entrevistado varias veces, para preguntarles si les interesaba que hiciese algo para ellos, críticas, ensayos, guiones o lo que fuera. Seguro que me iban a decir que sí y a aprovecharse de la situación para pagarme la mitad de lo que me habrían ofrecido si en lugar de proponérselo yo me hubieran ido a buscar ellos, pero qué podía hacer, excepto ir sumando ganancias pequeñas con las que compensar al menos una parte de lo que iba a perder sin mis artículos de cada lunes, mi tertulia semanal en la radio y mis siete u ocho conferencias por mes. Uno no reúne un tigre a base de juntar gatos, pero mejor eso que nada.

Esa noche tenía que hacer una lectura, en Cádiz, de modo que me di una ducha, preparé la clásica maleta para un día y medio, con dos camisas y tres libros, y salí de casa

con tiempo suficiente como para llegar al aeropuerto en autobús: los taxis circulaban por el pasado, pertenecían a la época de la abundancia, igual que las tarjetas de crédito, la ropa de marca y los restaurantes de más de un tenedor. Sin embargo, todas esas inquietudes desaparecieron durante dos horas, desde que llegué a la sala donde tenía que hablar para conseguir un cheque pequeño y un aplauso grande, hasta que llegamos a la bodega en la que los organizadores del acto me invitaban a cenar y la conversación se llenó de ajustes, despidos, nóminas y pensiones congeladas, hambre, desahucios... «Parece una novela de Dickens escrita por Kafka: en el último capítulo, *Oliver Twist* vuelve a construir ataúdes para el señor Sowerberry y a comer las sobras de su perro, sólo que ahora le pagan un sesenta por ciento menos que al principio de la historia», dije, pero nadie se rió, y de inmediato volvieron las malas noticias: el Gobierno seguía quitándole el dinero a las víctimas para devolvérselo a los ladrones, de forma que mientras por una parte se les daban miles de millones de euros a los bancos, por otra se anunciaban, entre otras cosas, nuevos aumentos del precio de la luz, el agua, los carburantes y el gas. Por suerte, una hora más tarde el estado de ánimo general volvió a cambiar, porque el vino era estupendo y a la cuarta copa el Fondo Monetario Internacional, la inflación, los activos tóxicos, las hipotecas basura, la Bolsa, el Ibex 35 y el Banco Central Europeo habían sido derrotados por aquella magia líquida de color cereza, sombra morada y gusto a frutas rojas y minerales que nos apartaba del presente igual que las aguas del río Leteo hacían olvidar su pasado a quienes las probaban; aunque la verdad es que a mí también me supo a despedida, porque imaginaba que iba a pasar mucho tiempo antes de que volviese a beber algo de esa categoría.

Por la mañana, leí mi artículo en el avión de regreso, con una mezcla de incredulidad y furia, y al aterrizar encontré en el teléfono y en mis muros de Twitter y Facebook docenas de mensajes de lectores y amigos que me pregunta-

ban por qué lo dejaba, qué había pasado y qué iba a hacer. Ojalá hubiera sabido la respuesta, pero no era así y, por otra parte, tampoco tuve tiempo de pensarla, ni en ese momento ni a lo largo de los días siguientes, en los que cayeron sobre mí, como si fueran las patadas que una muchedumbre enloquecida le diese a un enemigo ya derribado, una serie interminable de facturas, cuotas, tasas, multas de tráfico... Me dieron ganas de salir corriendo al ver todo eso a mi alrededor, lo mismo que los caballos salvajes, según se dice, se asustan y huyen al ver su sombra proyectada en un muro.

Los siguientes días fueron rápidos y pesados, llenos de citas, planes y reuniones a las que llegaba sin estar seguro de qué actitud tomar, si era mejor parecer asustado, prudente, inseguro, optimista o desenvuelto, y de las que siempre me iba convencido de haber tomado la peor decisión de todas las posibles, sobre todo cuando pasaba el tiempo, gran parte de la gente que había quedado en llamarme no lo hacía y algunos empezaban a guardar las distancias, a dejar espacios en blanco entre ellos y yo, lo mismo que si fuéramos esas casas japonesas que se construyen de forma que no lleguen a tocarse unas a otras cuando hay un terremoto, para que no arrastren con ellas a todo el vecindario si se derrumban. En esas condiciones, no tengo ni que decir que aunque entre una conversación y otra intentaba poner en marcha mi futura novela, no logré ningún resultado: seguía en el dique seco y con la cabeza en otra parte, perdido en algún punto indeterminado entre mi antiguo y mi nuevo yo, sin saber hacia dónde moverme en aquel mundo que ya no parecía estar ahí para mí e incapaz de pensar en nada, sin duda porque es imposible llegar al fondo de las cosas mientras luchas por no hundirte.

Por supuesto, podía dejar el apartamento en el que vivía, alquilarlo o, incluso, ponerlo a la venta y regresar a casa de mi madre, como ya hice después de mi divorcio, para esperar a que todo volviera a su sitio. O podía tratar de reincorporarme al instituto donde daba clases de Lengua

y Literatura y en el que había pedido una excedencia de cinco años, que era lo que me sugería que hiciese mi amiga Natalia Escartín, treinta y tantos años, neuróloga, casada y sin compromiso, convencional de día y rebelde de noche; y me desaconsejaba Virginia, mi exmujer, rubia de mediana edad, mística por dentro e ilusa por fuera, empeñada en ganar todas mis batallas perdidas y dueña de un restaurante macrobiótico que le daba para vivir y ni un euro más. Una veía como una deserción lo que la otra consideraba una simple retirada estratégica: «No seas orgulloso, sé listo y no te confundas, porque lo que está en juego no es tu dignidad, sino tu supervivencia». «¿Pedir ahora que te readmitan? ¿Te vas a tirar a la lona al primer golpe? No puedes hacer eso, porque tú no eres así. Si te mueves en dirección contraria a ti mismo, te partirás en dos.»

Ojalá. El problema es que iba a necesitar partirme en quince para sobrevivir, y bastaba con encender la televisión y comprobar la forma en que el desempleo, los negocios en quiebra y los recortes lo ocupaban todo, para darse cuenta de que eso no iba a resultar nada sencillo. De hecho, las dos siguientes llamadas que recibí se encargaron de recordármelo: me equivocaba, y ni el canal de televisión ni la revista de tercera clase donde había ofrecido mis servicios tenían nada para mí. Lo sentían de verdad, pero eran tiempos muy duros. Les agradecí que se molestaran en darme explicaciones, mientras los maldecía en mi interior, y acordamos hablar más adelante. ¿Quedaba alguna puerta abierta en la ciudad o todo eran paredes? A veces, lo contrario de *fácil* no es *complicado*, sino *imposible*.

Pronto iba a descubrir que, efectivamente, siempre hay una luz al final del túnel, pero nunca se sabe lo que esa luz esconde ni hacia qué lugar te guía. Qué le vamos a hacer si en este mundo hay ocasiones en las que no arriesgarte es ponerte en peligro y momentos en los que la única forma de intentar resolver tus problemas es crearte unos aún mayores. O eso o nada.

Capítulo 2

Todas las mañanas iba al bar Montevideo, al lado de mi instituto y cerca de mi casa, a desayunar y a leer en mi iPad los periódicos y el correo, aprovechando que el dueño me permitía conectarme a su red wi-fi. Y también se suponía que iba allí a trabajar en una novela que, según iba viniéndose abajo todo lo demás, se transformaba en mi última esperanza. Pero seguía sin encontrar un tema sobre el que me apeteciese escribir. Claro que se me ocurrían historias, casi todas ellas sobre el tema de la identidad, por ejemplo la de una mujer que se hacía un corte accidental y muy profundo en la mano derecha, con un cuchillo de cocina, y a partir de ese instante su otra mano empezaba a gobernar su vida y a obligarle a hacer cosas que ella nunca hubiese hecho pero que tal vez siempre deseó; o la de un hombre que camina por una ciudad en la que en unas calles es de día y en otras de noche, en unas es invierno y en otras verano; en unas llueve, hace frío y la gente lleva paraguas y gabardinas, mientras que en otras hace sol, hay ropa tendida en los balcones de los edificios y las aceras están llenas de terrazas... Va vestido con un traje blanco que lo convierte en un lobo con piel de cordero y que no quiere que se le manche por nada del mundo... Alguien que lleva una doble vida... Tal vez no eran malas ideas, pero ninguna me daba la impresión de necesitar un libro entero para ser contada. Todo tiene su grieta y por ahí es por donde pasa la luz, dice una canción de Leonard Cohen, pero yo no veía esa claridad por ninguna parte, sólo encontraba muros imposibles de derruir, imposibles de escalar.

—Te equivocas por completo: a ti te sobran ideas, lo que te falta es disciplina —me dijo Natalia—. Haz un plan

de trabajo y síguelo a rajatabla y contra viento y marea, sin apartarte de él un milímetro; no salgas de la habitación; no contestes llamadas; no navegues por internet ni abras la puerta; no recibas visitas y no las hagas; deja todo eso para las siete de la tarde y verás como así te desbloqueas y te abres paso a través de tu inseguridad, tu miedo, o lo que sea que te tiene paralizado.

—No es tan sencillo. Eso sirve para amaestrar a una mascota, no para cambiar de personalidad —le respondí—. A la inspiración no se la llama a latigazos.

—Al contrario, es de lo más fácil: acuéstate a la una y levántate a las ocho y media; siéntate delante del ordenador de nueve a tres; come una buena ensalada y bebe un zumo de pomelo, zanahoria y naranja; duerme una siesta de veinte minutos; escribe otro par de horas y luego prepara, por ejemplo, un buen pescado al horno, abre una botella de vino, date una ducha, invítame a cenar y hazme el amor hasta que pierda el conocimiento. En seis meses habrás terminado tu novela.

No bromeaba, ella es así, hiperactiva, siempre ocupada en dos o tres cosas al mismo tiempo y atenta a otras diez. A mí siempre me hacía pensar en uno de esos vigilantes jurados cuyo trabajo consiste en mirar de forma simultánea una docena de monitores para controlar lo que pasa en todas las plantas de un edificio.

—Puede que tengas razón —dije—, pero me siento algo confuso: no me has dicho qué tiene que llevar exactamente la ensalada.

—Tomate, espinacas, atún, queso blanco, nueces, maíz natural, dátiles, aceite de oliva virgen y un huevo duro.

—¿Y si después de eso miro la pantalla de nueve a tres y sigo sin ver nada? Escribir es lo contrario de comer marisco: aquí te dan la cáscara y tú tienes que meterle dentro la langosta.

—Pues entonces —dijo, clavándome los ojos igual que si yo fuese una armadura del siglo xv y ella tratara de

imaginar al soldado que alguna vez hubo dentro— trabaja dos horas más.

—Tal vez se me haya olvidado escribir...

—En ese caso, si quieres te receto vitamina B-12. Yo misma te la podría inyectar.

—Vaya, es una oferta muy tentadora. ¿Llevarías cofia, un ligero rojo y el uniforme desabrochado hasta el ombligo?

—Sí, y también puedes estar seguro de que usaré la aguja más grande y oxidada de todo el hospital.

La había conocido cinco años antes, en el instituto, justo en la época en que escribí mi primera novela. Yo era por entonces el jefe de estudios del centro y ella apareció por allí una mañana para quejarse de que un par de alumnos con vocación de matones estaba molestando a su hijo. A primera vista me pareció guapa y luego preciosa, de manera que tomé cartas en el asunto y en menos tiempo del que hace falta para contarlo, aquellos dos esbozos de rufián se dieron a la fuga, o al menos cambiaron de víctima, y Natalia llegó a mi vida por la puerta de atrás, que es la que usan las personas que quieren tener aventuras sin salir de casa, es decir, las que consiguen salvar su matrimonio a base de serle infiel a su pareja. No duramos mucho, como suele ocurrir en esa clase de relaciones inconfesables, donde las palabras son ceros a la izquierda y las personas aves de paso, seres que se esconden en un ángulo muerto, que no dejan huellas ni las siguen y que desaparecen al dar una palmada. Cuando se fue, empecé un cuento titulado «El viaje», que hablaba de una mujer que va en un tren a una ciudad en la que le acaban de ofrecer un trabajo muy importante, y mientras repasa su espectacular *currículum* se da cuenta de que su profesión ha devorado su vida, de que la ha tirado por la borda igual que si fuese un lastre, para navegar más rápido y más lejos. La idea era buena, y tenía una imagen recurrente que me gustaba, cuando ella iba tachando, una tras otra, las partes de

aquel documento que le hacían verse a sí misma como alguien que acertó en todo, excepto en lo único que le importaba; pero nunca lo acabé.

Hasta el momento en que decidimos repetirla, la historia entre Natalia y yo había sido la que podía esperarse entre dos personas como nosotros; lo raro es que ella volviese y que yo la admitiera, cuando estoy convencido de que en una pareja las segundas oportunidades suelen dejar tan mal sabor de boca como la comida recalentada. Pero el caso es que lo hice. No me pregunten por qué.

La primera noche que volvimos a pasar juntos me contó que había estado un tiempo en Estados Unidos, primero en Los Ángeles y después en Boston, investigando sobre el alzheimer, encerrada nueve horas diarias en un laboratorio en busca de dianas terapéuticas y tan absorbida por su trabajo que, según ella, de cada diez palabras que pronunciaba cinco eran *biomarcador*, *amiloide*, *neurona*, *encefalorraquídeo* y *apolipoproteína*. También me dijo que el primer lugar al que pensó ir nada más volver a España fue a mi instituto, aunque no lo hiciera hasta casi un año y medio más tarde; pero cuando le pregunté si es que me echaba de menos, me respondió como si le devolviera un bote de humo a la policía: «Si lo supiese, no habría venido a averiguarlo».

Por desgracia, los planes de Natalia sonaban bien pero eran difíciles de bailar, al menos para mí; las semanas seguían pasando sin que ocurriese nada y aquella inmovilidad me volvía loco, aunque según ella no tenía de qué preocuparme: «Estás perfectamente, sólo sufres ansiedad, miedo anticipatorio e histeria. Sé más positivo, confía en ti y muévete, da igual hacia dónde mientras sea en línea recta, porque lo que está claro es que haciendo círculos no vas a ir a ninguna parte. Tienes que hacer lo que llamamos una terapia de inundación, o sea, obligarte a repetir aquello que te asusta, o en lo que crees haber fracasado, y cuando lo hagas bien, te librarás del miedo». Mala cosa, pensé, porque con eso ocurre igual que con la edad: uno sabe que ha dejado de

ser joven cuando empiezan a decirle lo bien que se conserva e intuye lo que se le viene encima cuando todos los que están a su alrededor le piden que no se alarme y tenga fe.

Pero Natalia se equivocaba en algo, porque no era cierto que yo hubiese tirado la toalla ni hubiera dejado de buscar salidas: sí que lo hice, pero fue inútil. Me recordé un millón de veces que si perdía la confianza no tendría ninguna oportunidad de sobreponerme a aquella debacle, porque es imposible encontrar algo que no crees que exista; hablé con más personas y oí más promesas, pero nada cristalizaba, todo eran cantos de sirena y tiros al aire. Y, por mucho que intentara evitarlo, según pasaba el tiempo las decepciones se iban acumulando en mí como los estilos arquitectónicos en una catedral, volviéndome irreconocible. A algunos de los que más se habían esforzado por acercárseme cuando todo era de color de rosa les ocurrió lo mismo que a las islas que se tragó el Ganges en la bahía de Bengala: sencillamente, desaparecieron del mapa. Pero yo no bajaba los brazos; trataba de imitar mi vida de antes, al menos hasta donde me era posible, y tras cada decepción y cada golpe conseguía reorganizarme igual que una fila de hormigas deshecha por una pisada. Pero todo era en balde, por fuera y por dentro, porque la angustia jamás se iba, no dejaba de latir en mi cabeza ni de dar vueltas en mi estómago lo mismo que una serpiente sin sueño atrapada en el fondo de un pozo. Nunca antes me había sentido tan mal, tan a oscuras.

Por supuesto, cada vez era menos exigente, porque cuando naufragas te sirve cualquier barco, da igual que sea un remolcador, un crucero o un buque portacontenedores, mientras venga a rescatarte; así que acepté dar algunas conferencias por las que me pagaban cantidades casi simbólicas y me puse a buscar concursos a los que poder presentarme con algún cuento. Sería más que complicado ganarlos porque, tal y como iban las cosas, no tuve la más

mínima duda de que en ese instante debían de estar haciendo lo mismo que yo nueve de cada diez escritores del país, y de hecho me los imaginé saliendo de sus casas hacia la oficina de Correos, con su relato metido en un sobre de color naranja y la incertidumbre girando lentamente en su cabeza igual que las aspas de un ventilador, los fatalistas seguros de que sería más difícil llevarse los tres mil euros del premio que arrojarlos al aire y acertarles uno a uno con una escopeta de tiro al plato antes de que cayesen al suelo, y los optimistas haciendo cuentas por adelantado: con ese dinero pagaré algunas deudas, o haré un viaje, o me libraré hasta fin de año de los números rojos. Tenía una idea que no estaba mal, una crítica del racismo simbolizada por dos niños, uno español y otro marroquí, que ven cómo su vida cambia cuando se hacen hermanos de sangre. Tal vez lo intentara, me dije, sabiendo que mentía.

Naturalmente, en medio de aquel sálvese quien pueda también hubo gente dispuesta a prestarme ayuda. Marconi, el dueño del Montevideo, me dijo con mucha solemnidad que en su bar yo tenía crédito ilimitado y que allí nunca me faltarían unos *panzotti* de espinacas y una botella de Château Cantemerle. Y Virginia me ofreció lo mismo, ir a comer todos los días a su restaurante, el Deméter, argumentando que a ella no le costaba nada y que de ese modo yo ahorraría dinero y tiempo. Los dos remataron su oferta intentando hacerla pasar por un acto de simple justicia, él recordando una supuesta regla de oro de la hostelería según la cual siempre es peor perder a un cliente que ganar un menú; y ella porque, en su opinión, más que darme algo me lo devolvía:

—Tú me ayudaste cuando mi negocio estaba a punto de quebrar, *puma* —me dijo, recuperando ese apodo doméstico con el que solía llamarme cuando estábamos casados y con una luz húmeda en los ojos—; me hiciste un préstamo y hasta me buscaste clientes. Sin ti no habría salido adelante, y eso es algo que no estoy dispuesta a olvidar. Así que no seas orgulloso, pásate por ahí siempre que

quieras, te sirvo una sopa de maíz blanco, té verde y un *niyuke* de verduras; y te llevas para la cena unos marinados de tofu y un plato de seitán con batatas. Si a mí me sobra género todos los días...

Le di las gracias y le prometí pasarme por allí alguna que otra vez. La verdad es que si te parabas a pensarlo, mi situación era como para echar a correr: tenía una novia que no iba a dejar su casa, una exmujer que soñaba volver a la mía y un prestigio que no iba a ayudarme a pagar mi hipoteca, lo cual me ponía en una posición muy incómoda: ser conocido y no tener trabajo te convierte en una estatua que necesita bajarse de su pedestal a pedirle limosna a los turistas que le hacen fotos. Algo muy desairado, incluso para mí.

Estaba pensando en eso una tarde, sentado en la terraza del Montevideo, mientras me hacían unas preguntas y un par de retratos para un suplemento dominical. La gente que las viese una o dos semanas más tarde en el periódico creería que estaba contemplando a un triunfador. ¿Lo era? «Sí, pero sólo hacia atrás, porque en el futuro no parece haber sitio para ti», pensé, dejándome arrastrar por las oscuras aguas del fatalismo. Tal vez por eso, al querer saber el entrevistador, como de costumbre, en qué trabajaba actualmente, cuándo tenía previsto publicar mi nueva novela y de qué iba a tratar, esta vez eché a un lado las cortinas de humo y respondí:

—A mí también me gustaría saberlo. Las dos cosas, pero especialmente lo segundo. La verdad es que tengo mil ideas pero no se me ocurre nada.

—¿Y de qué vive un escritor que no escribe, sobre todo en estos tiempos? —dijo el periodista, oliendo la sangre.

—No vive, sólo subsiste, como casi todo el mundo. O sea, que en vez de nadar hace el muerto, a ver si viene la Marina a rescatarlo.

Lo que no hubiera podido ni imaginar en aquel momento es que esas fotos y esas cinco frases estaban a punto de cambiar mi vida. Y no para hacerla mejor.